Ana, nuestra campeona

Autor: Ali Asghar Seidabadi Ilustraciones: Ghazaleh Seidabadi
Traducción al español: Joaquín Rodríguez Vargas

Ana, nuestra campeona
Autor: Ali Asghar Seidabadi
Asesor: Dr. Hossein Kermanpour
Ilustraciones: Ghazaleh Seidabadi
Traducción al español: Joaquín Rodríguez Vargas
Director artístico y diseño de página: Elaheh Javanmard
Año de publicación: 2020
Se permite la publicación de este cuento en cualquier lengua y soporte con la condición de que se nombre a su autor y a su ilustradora

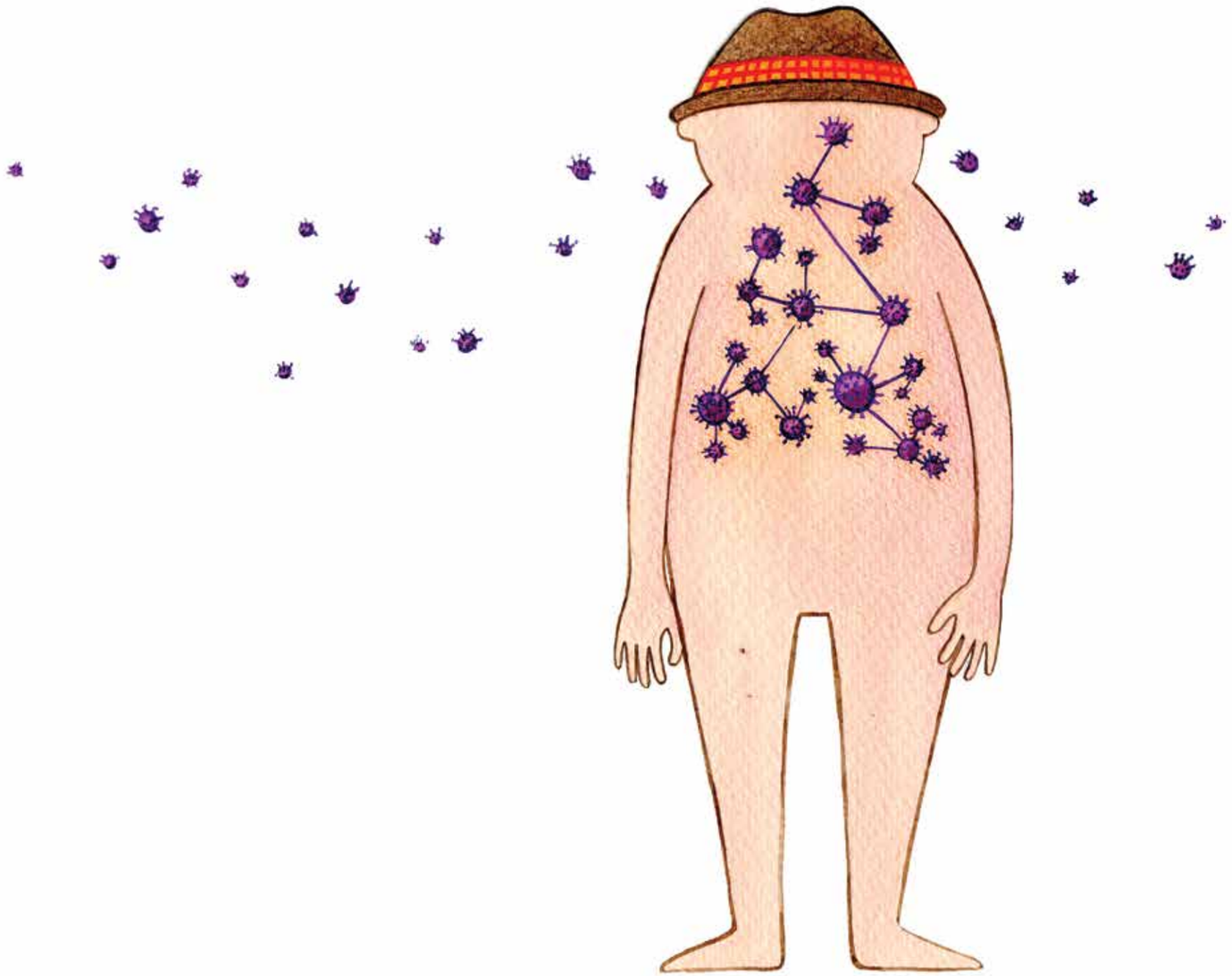
asedabadi
Seidabadii
aliseidabadi

Ana, nuestra campeona

Autor: Ali Asghar Seidabadi Ilustraciones: Ghazaleh Seidabadi
Traducción al español: Joaquín Rodríguez Vargas

Los niños querían mucho al tito Bahmán y cada vez que ellos se reunían le hacían una video llamada.

El tito Bahmán acababa de llegar de viaje y había invitado a todos los niños. El tito Bahmán había preparado todo para recibir a sus pequeños invitados, a los que esperaba con alegría. Pero él no sabía lo que estaba ocurriendo en su cuerpo. Un montón de virus peligrosos se habían introducido en su cuerpo, y estos virus estaban creando más y más nuevos virus.



El tito Bahmán había colocado los dulces en cuencos y se había tocado la frente con la mano. Él no se sentía bien y pensó que se debía al cansancio del viaje. Estaba seguro de que cuando sus invitados aparecieran lo pasarían muy bien y él se sentiría mejor. En estas cosas pensaba cuando sonó el timbre de la puerta. La primera de sus invitadas era Ana. Él quería mucho a Ana. Ana llevaba puesta mascarilla y guantes. Él la miró y se rió. Se acercó a ella para darle un abrazo, pero ella, que antes, cada vez que veía a su tío se arrojaba a sus brazos, esta vez se quedó donde estaba y le dijo:

—Tito. Un virus peligroso ha aparecido en un país lejano. ¡Tenemos que tener mucho cuidado!

Él se rió y respondió:

—Si está lejos, ¿qué tiene que ver con nosotros?

Cuando dijo esto, él se calló un momento y continuó diciendo:

— ¡Tienes razón! ¡Debemos tener cuidado!

Los invitados fueron llegando uno a uno, y cuando veían al tito Bahmán se alegraron y montaron jaleo, pero él no abrazó a ninguno de los pequeños y dijo mientras señalaba a Ana:

—Tal como manda Ana, esta vez, ¡prohibido los besos y los abrazos!

Mientras, el peligroso ejército de virus que estaba en su cuerpo seguía haciendo de las suyas, y cansados de permanecer allí quietos comenzaron su ataque contra sus pulmones mientras esperaban la ocasión de poder meterse en los niños.

El tito Bahmán sabía muchos juegos divertidos. Él nunca se cansaba de jugar con los niños. Tanto jugaron que todos acabaron cansados. Después de tanto jugar llegó la hora de comer algo, pero él comenzó a encontrarse mal. Quiso portarse como si no le pasara nada. Le entró ganas de toser y cuando fue a taparse la boca con la mano, no pudo y tosió varias veces seguidas.

Cada vez que tosía un ejército de virus salía despedido al aire y de ahí caían en picado sobre la mesa, los regalos, los dulces y la cara y las manos de los niños y quedaban a la espera de poder comenzar el ataque.

Cuando el tito Bahmán se tranquilizó un poco, hizo una señal a los niños para que comenzaran a comer. Sara, que estaba frente a él, tenía la cara llena de esos virus peligrosos que se metían en su cuerpo cuando ella respiraba.

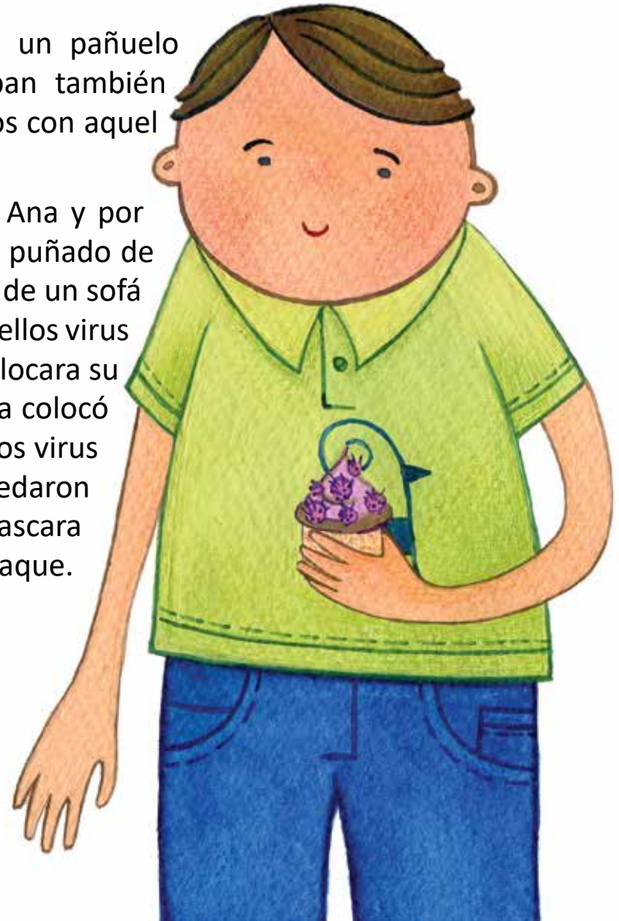
Farzad, que estaba un poco más apartado, alargó la mano y cogió un dulce que estaba lleno de esos virus.

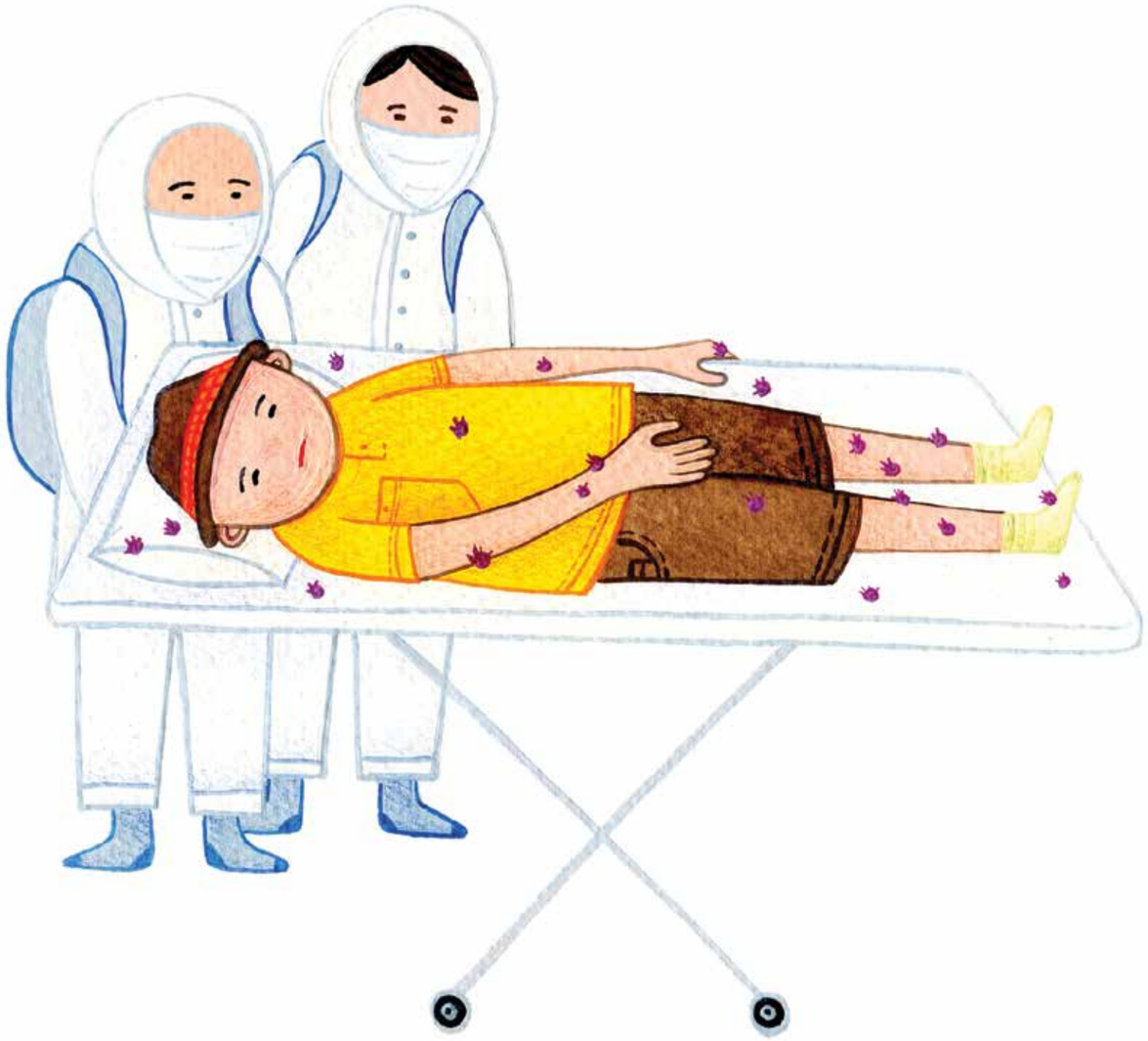
Aquellos virus también estaban en las manos de Humán, que se rascó la cara.

Anita, que estaba al lado, sacó un pañuelo de papel donde los virus estaban también esperándola. Ella se limpió los ojos con aquel pañuelo.

La que estaba más apartada era Ana y por eso los virus no le alcanzaron. Un puñado de virus pudo posarse sobre el brazo de un sofá en el que ella estaba sentada. Aquellos virus estaban a la espera de que ella colocara su mano en aquel brazo. Al final, Ana colocó su mano sobre el brazo del sofá, los virus se pegaron a la mano y se quedaron esperando a que ella se tocara o rascara la cara para poder comenzar el ataque.

Pero Ana no se tocó la cara.





El tito Bahmán se encontraba cada vez peor. Los niños se preocupaban por él, así que primero llamaron a sus padres y luego al médico. El médico vino con una mascarilla y un traje raro que los niños nunca habían visto. El médico lo examinó y le dijo:

—Sospechoso de Covid-19.

Llevaron al tito Bahmán al hospital. El médico habló con los mayores, y los niños, por orden del médico, regresaron a sus casas tristes para ser puestos en cuarentena, y, si se ponían mal, ir al hospital.

Ana regresó a su casa. Los virus estaban aburridos ya esperando sobre sus manos. Ella se quitó los guantes en la misma puerta y los metió en una bolsa, que cerró. También se quitó la ropa en el recibidor, la metió en una bolsa y entró en casa. La mayoría de los virus quedaron atrapados en las bolsas, que ya estaban de camino a la basura, aunque cuando se quitó los guantes, unos cuantos de aquellos virus se quedaron pegados a sus manos esperando que ella se equivocara y poder saltar a su cuerpo.

Pero su madre le enseñó el lavabo, y Ana fue y se lavó las manos con agua y jabón lo suficiente como para que quedaran totalmente limpias y esos pocos virus se los llevara el agua.

El tito Bahmán permaneció dos semanas en el hospital. Los demás niños también se pusieron malitos. Algunos de los niños fueron llevados al hospital, pero otros fueron tratados en sus casas, menos Ana, que no dejó que los virus la atacaran

Un día, cuando Ana estaba ya muy cansada de quedarse en casa, sonó el teléfono. Su madre lo cogió, pegó un grito de alegría y llamó a Ana. Ana se puso al teléfono y pudo escuchar la voz cansada de su tío, que se había recuperado y que le decía que había vuelto a su casa. Los dos hablaron un rato por teléfono. Él le contó lo mal que lo había pasado con aquella enfermedad, y ella le habló de cómo se había quedado en casa sin salir. Cuando iban a despedirse, el tito Bahmán le dijo a Ana:

—Ana, ¡tú eres nuestra campeona! Ojalá yo y todos los demás niños hubiésemos tenido más cuidado aquella noche.

Ahora todos se encuentran bien. No salen de sus casas pero cada día hablan entre ellos y con el tito Bahmán. Entre ellos se envían fotografías y películas. A veces se aburren y se acuerdan de cuando se visitaban, pero cuando se les viene a la cabeza el hospital y la enfermedad prefieren quedarse en casa.

Ana, nuestra campeona es el cuento que nuestros niños leen durante esta pandemia del nuevo coronavirus. Se trata de un cuento sencillo que nos enseña cómo cuidarnos y cuidar a los demás en estos días. Este cuento es nuestro regalo de Nowruz, el año nuevo de Irán, a todos los lectores de todos los rincones del mundo. Está permitida su publicación en cualquier idioma, soporte y lugar. En su primera fase, este libro ha sido el resultado de la colaboración de nosotros dos, el autor y la ilustradora, durante la cuarentena, pero no habría sido posible su publicación de no haber sido por la colaboración de otras personas. Contamos con el asesoramiento del doctor Hossein Kermanpour, jefe del centro de urgencias del Hospital Sina, quien también contrajo el virus y se curó. La señora Elaheh Javanmard se encargó de su diseño gráfico y el señor Joaquín Rodríguez Vargas de su traducción al español.